

EL GHETTO: HISTORIA Y MEMORIA

Judit Bokser
Gilda Waldman M.

Resumen

Este artículo reconstruye una de las fases del proceso de exterminio de seis millones de judíos durante la Segunda Guerra Mundial: la referida al establecimiento de los *ghettos* en Polonia y Europa Oriental. Esta reconstrucción se sustenta sobre dos ejes fundamentales. Por una parte, la dimensión histórica, que se centra en aspectos centrales de la creación de los *ghettos*, su significado para la vida judía, su estructura organizativa, la vida en su interior y el proceso de su destrucción. Por la otra, la dimensión testimonial, que pone atención en los poemas, diarios y archivos escritos en el *ghetto*, como expresión individual y de pertenencia colectiva y, al mismo tiempo, como depositarios de la memoria, componente esencial de la experiencia histórica del pueblo judío.

Abstract

This paper reconstructs one of the phases of the extermination of six million Jews during World War II: the establishment of ghettos in Poland and Eastern Europe. This reconstruction is based on two axis. On one hand, the historic dimension, which centers in fundamental aspects of the creation of the ghettos, their meaning for Jewish life, their organizative structure, life in the inside, and their destruction. On the other hand, the testimonial dimension, which focuses on the poems, diaries and archives written in the ghettos as individual expression of collective membership, and, at the same time, as depositaries of collective memory, essential component of the historical experience of the Jewish people.

Si bien el siglo XX ha estado recorrido por asesinatos masivos, masacres y genocidios que han dejado una cifra escalofriante de víctimas, ningún acontecimiento histórico de este periodo ha tenido un alcance tan devastador en sus motivaciones y en su dimensión ética como el Holocausto. Aunque ha sido estudiado exhaustivamente, razón e imaginación han quedado desamparadas frente a este evento. La primera no puede comprender un mal inimaginable; la segunda no puede imaginar un mal incomprensible. Acontecimiento central del siglo que

termina, el Holocausto significó el exterminio de dos terceras partes del judaísmo europeo, al tiempo que confrontó a la conciencia occidental con las paradojas de su modernidad: razón y ciencia no constituían, necesariamente, las vías de liberación que la Ilustración había soñado ni que podían evitar las vertientes más sombrías de la barbarie; la idea y el mito de la historia como progreso convivían con la más perfecta planificación científica del asesinato masivo y las esperanzas más promisorias de la humanidad habían llegado a límites de inhumanidad jamás contemplados hasta entonces.

El Holocausto constituyó un acontecimiento único. Referido al asesinato de seis millones de judíos y a la planeada aniquilación total del pueblo hebreo -impedido sólo por la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial- el Holocausto no tiene parangón en la historia.¹ Por primera vez, un Estado legítimamente constituido se propuso aniquilar a hombres, mujeres y niños por el mero hecho de ser judíos, a fin de no dejar huella de ellos en el mundo. Por primera vez, en 1933, un Estado moderno, poseedor de una avanzada tecnología, cayó en poder de una ideología, un partido, un hombre y un sistema de dominación para los que el antisemitismo era la cima ideológica de un pensamiento profundamente racista que en el marco de una concatenación única de procesos y eventos condujo al exterminio.

El asesinato y la destrucción de la vida comunal judía fue para el Estado nazi un fin en sí mismo, sustentado en la convicción de que el judío no tenía derecho a vivir. El Estado nazi dedicó sus energías y sus instituciones gubernamentales, industriales, tecnológicas y científicas para cometer el asesinato masivo de millones de judíos europeos bajo el eufemismo de Solución Final. A diferencia de acontecimientos históricos previos, el objetivo primario del nazismo no era la conversión o la persecución del judío, sino su aniquilación total. Se trataba, en última instancia, de cambiar el espectro y la composición de la especie humana eliminando a uno de sus componentes -el pueblo judío- de la faz de la tierra.

Si bien entre las víctimas del nazismo puede contarse a polacos,

¹ Para un análisis comparativo entre el Holocausto y otros genocidios, véase, Alan S. Rosenbaum, editor, *Is The Holocaust Unique? Perspectives on Comparative Genocide*, Boulder, Westview Press, 1996; Yehuda Bauer: "The Place of Holocaust in Contemporary History" en John Roth and Michael Berenbaum (editores), *Holocaust, Religious and Philosophical Implications*, New York, Paragon House, 1989, pp. 16-42.

gitanos, comunistas, homosexuales y prisioneros de guerra soviéticos, entre otros, ciertamente fueron los judíos el blanco central del régimen nazi. El historiador Yehuda Bauer señala al respecto: "La lucha contra los judíos fue parte crucial de la escatología nazi, un pilar absolutamente central de su visión de mundo y no sólo una parte de su programa".² En esta línea de pensamiento, en el seno de la prolifera historiografía contemporánea en torno al nazismo, un lugar destacado ocupan aquellos estudios que han ponderado el lugar del Holocausto como una dimensión central y sustantiva de aquél. El permanente avance en la investigación ha generado nuevos enfoques y hoy privan interpretaciones que han convertido a la diversidad en su rasgo distintivo. En un intento por caracterizar el estado actual del saber, Saul Friedlander alude al flujo de las reformulaciones de los últimos quince años, apuntando, sin embargo, hacia la posibilidad de ver en éstas acercamientos complementarios, factibles de nutrir nuevas síntesis.³

Entre los elementos que pueden orientar la conjunción de las interpretaciones más tradicionales con los nuevos enfoques, el binomio modernidad-mito aparece como una dimensión destacada que permitiría una amplia caracterización del antisemitismo nazi. Tanto la modernidad como el mito parecen haber convivido, como elementos contrarios y coexistentes en el seno del nazismo.⁴ En la imagen nazi del judío, puede verse de un modo paradigmático cómo el mito se entreteje y arroja de pensamiento "científico". Mientras que por una parte la dimensión mítica, arraigada en la tradición, el imaginario y las teorías populistas raciales se centró en el peligro inherente en la naturaleza biológica del judío,⁵ por la otra, se insertó en el discurso científico y moderno del pensamiento racial del siglo XIX.⁶ Sin embargo, el componente "científico"

² Yehuda Bauer, *op. cit.*, p. 17.

³ Saul Friedlander, "The Extermination of European Jews in Historiography Fifty Years Later", en Alvin Rosenfeld, editor, *Thinking About the Holocaust After Half a Century*, Indiana University Press, 1997, 3-17.

⁴ *Ibid.*

⁵ Véase George L. Mosse, *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*, New York, Universal Library, 1964.

⁶ Así, el antisemitismo nazi conjuntó el odio al judío de raíces míticas con teorías racistas que presuponian la existencia de razas superiores e inferiores, y con ideas de un darwinismo social que postulaba la lucha a muerte entre ambos tipos de razas por la dominación mundial. La pureza racial fue centro de la ideología nazi; basada en los principios de la selección natural y la supervivencia del más apto, su objetivo consistía en buscar "espacio vital" para que la raza aria lograra la dominación del mundo.

parece diluirse y la dimensión mítica aparece de modo exclusivo en lo que respecta a la visión del judío como peligro no sólo por causas biológicas sino por la percepción nazi de él como fuerza destructiva en la historia, asociada simultáneamente a la dominación mundial así como a su destrucción.

De allí que la victoria del "ario germano" sobre el judío no era sólo una necesidad geopolítica para su existencia, sino una condición para la supervivencia de toda la humanidad, toda vez que una amenaza fundamental para la consecución de este objetivo lo constituía la existencia del judío, "un elemento satánico y parásito, débil y despreciable, y sin embargo, también inmensamente poderoso y absolutamente malvado".⁷ En tanto encarnación del mal, era una raza cuya deshumanización generó una cruel interacción entre el concepto de raza inferior y de anti-raza.⁸ El exterminio judío se volvía, así, para los nazis, como lo diría Himmler en 1943, "una página gloriosa de su historia", en la que la Solución Final representaba una obligación moral.

Quienes han destacado al antisemitismo como causa directa del exterminio de los judíos, han puesto un énfasis diferencial sobre sus dimensiones contrarracionales o no instrumentales, así como sobre los aspectos irracionales de la política nazi.⁹

Un acercamiento a la vez complejo y multidimensional al nazismo y al Holocausto apunta hacia la conjunción de una diversidad de procesos históricos contingentes, de desarrollos estructurales y de eventos que pusieron en juego diversos aspectos de la realidad. De allí que la atención a las raíces ideológicas del antisemitismo y sus nexos de significación con el Holocausto refiera tanto a sus relaciones con los antecedentes históricos y con la configuración interna del régimen, como a los nexos con la organización burocrática y técnica del

⁷ Yehuda Bauer, *op. cit.*, p. 17.

⁸ Cabe señalar que entre las nuevas interpretaciones, Friedlander destaca el desplazamiento del énfasis puesto en el antisemitismo hacia el desarrollo de teorías raciales "negativas" como resultado del desencanto con la posibilidad de una "terapia social positiva" y el impacto de teorías de selección biológica impulsadas por la guerra. Friedlander, *op. cit.*, p. 4

⁹ Para un análisis de estos enfoques véase Philippe Burrin, *Hitler and the Jews: The Genesis of the Holocaust*, New York, Routledge, Chapman & Hall, 1994. Una novedosa distinción entre el irracionalismo y la contrarracionalidad se encuentra en Dan Diner, "Historical Understanding and Counterrationality: The Judenrat as Epistemological Vantage", en Saul Friedlander, editor, *Probing the Limits of Representation: Nazism and the Final Solution*, Cambridge, Harvard University Press, 1993.

exterminio del pueblo judío.¹⁰ Así, por ejemplo, la tensión entre el imperativo extremista del pensamiento mítico y los requerimientos de las políticas burocráticas de un Estado moderno le han conferido un rasgo distintivo a las políticas nazis, tanto más específicos a la luz de la interacción de éstos con la figura de su líder máximo.

En esta línea, la propia complejidad de la dinámica interna del sistema nazi, las interacciones entre los diferentes agentes y actores políticos y los procesos de estructuración del sistema dual partido-Estado posibilitaron, permitieron y orientaron el exterminio de los judíos. De los estudios en torno a la estructuración organizativa del nazismo *vis-à-vis* la persecución y el exterminio de los judíos, se han perfilado tanto la concepción de un aparato burocrático que actuó de modo autónomo, como la de un ordenamiento en el que la coexistencia de diferentes centros de poder y sus divergencias de intereses y rivalidades condujeron a medidas crecientemente radicalizadas.¹¹

Ciertamente, entre los márgenes del sistema y los marcos de la acción, se desarrolló una política de marginación, persecución y exterminio del pueblo judío. La coexistencia de diversos factores de poder rivales asumió particular relevancia en la gestación e implementación de las diferentes fases de las políticas anti-judías. El proceso de la destrucción de los judíos fue gradual.¹² Desde esta perspectiva, aunque no existió un plan detallado que fijara tiempos y controlara cada movimiento por adelantado, las prácticas y dinámicas del ordenamiento estatal burocrático se conjuntaron y armonizaron con los objetivos ideológicos del régimen tal como fueron expresados por su líder. De allí que se diera a la luz la compleja dinámica de la burocratización de sus instituciones, definida como una "radicalización acumulativa", producto precisamente de las rivalidades y pugnas entre las unidades políticas del sistema.¹³ De este

¹⁰ Saúl Friedlander, *Nazi Germany and the Jews, The Years of Persecution, 1933-1939*, New York, Harper Collins, 1997; León Poljakov, *La Causalidad Diabólica: Historia del Antisemitismo*, 4 tomos, España, Muchnick Editores, 1982 y 1984.

¹¹ Véase Raul Hilberg, *The Destruction of European Jews*, Chicago, Quadrangle Books, 1961; Hans Mommsen, *From Weimar to Auschwitz*, Princeton, Princeton University Press, 1991.

¹² Véase al respecto, Martin Gilbert, *The Holocaust. A History of the Jews of Europe During the Second World War*, New York, Henry Holt and Company, 1985; *El Holocausto. Un estudio histórico*, Israel, Universidad Abierta, 1986, 6 volúmenes.

¹³ Véase, Saúl Friedlander, *Nazi Germany and the Jews*, *op. cit.*

modo, en la década de los años treinta, el asesinato estuvo ausente como política estatal no sólo por el peso de la opinión pública, sino también por la falta de integración al interior del régimen nazi y la carencia de una política anti-judía centralizada.

Durante esa época se aplicaron otro tipo de medidas contra la población judía, tales como el boicoteo a negocios judíos, el empobrecimiento a través de la confiscación de propiedades; la restricción de libertades civiles y oportunidades profesionales, la creación de un clima social anti-judío, la promulgación de una legislación anti-judía, que alcanzó su expresión máxima con las leyes de Nuremberg en 1935 y el aliento a la emigración. De esta forma, los judíos fueron marginados, discriminados, segregados y excluidos de la sociedad alemana y de la protección de la ley, creándose poderosas fronteras que los separaban del resto de la población.

En 1938 se agudizaron en Alemania las políticas anti-judías que culminaron en noviembre de ese año con la Noche de los Cristales, en la que se quemaron sinagogas, se atacaron negocios y judíos alemanes y austriacos fueron asesinados y arrestados. De forma paralela, la intensificación de las políticas anti-judías, orientadas a "purificar" a Alemania, obligaba de manera perentoria al abandono voluntario o forzado. Sin embargo, las posibilidades de emigrar eran difíciles: cada vez eran menos los países dispuestos a abrir sus puertas para recibir emigración judía de Alemania. En 1939 no se tomó ninguna medida para "resolver la cuestión judía", pero se reforzó el método de la emigración obligada. En el verano de ese año, el esfuerzo nazi por convertir a Alemania en un "territorio libre de judíos" estaba en marcha e incluso después de iniciada la guerra, el proyecto nazi visualizaba la emigración forzada de todos los judíos residentes en territorio conquistado por el Reich.

Con la conquista de Polonia, en Septiembre de 1939, se agregaron al dominio nazi tres millones de judíos y la situación cambió radicalmente, ya que no se preveían formas satisfactorias para una emigración masiva de tal envergadura. La estrategia fue entonces, "limpiar" de judíos áreas enteras, concentrándolos en *ghettos*. Desde el inicio de la invasión nazi a Polonia las disposiciones contra los judíos fueron incrementándose y endureciéndose. A fines de septiembre de 1939 se promulgó un decreto que ordenaba que todos los judíos que viviesen en aldeas y pequeños pueblos se concentrasen en las ciudades, mismas que

congestionaron las poblaciones de refugiados. A fines de octubre de 1939 se impuso a todos los judíos en territorio polaco ocupado por los alemanes la obligación de llevar en su ropa un distintivo con la estrella de David. El 12 de diciembre de ese mismo año fueron reclutados todos los varones de entre catorce y sesenta años para trabajos forzados. Poco tiempo después, se aplicaron a los judíos polacos las leyes restrictivas promulgadas anteriormente en Alemania.¹⁴ De este modo, la expulsión de escuelas y universidades, así como la prohibición de visitar lugares públicos y participar en actividades culturales anularon sus derechos políticos; a su vez, la confiscación de sus talleres, establecimientos y empresas industriales generaron condiciones de extrema dificultad para garantizar su subsistencia. Los arrestos arbitrarios y los frecuentes casos de violencia y brutalidad crearon un terror permanente.

La idea de establecer *ghettos* fue planteada en diversas ocasiones, por ejemplo, en 1938 por Goering, pero no fue aceptada. En septiembre de 1939, Heydrich ordenó a los grupos de ataque, *Einsatzgruppen*, la disolución de comunidades con menos de 500 miembros y la concentración de judíos en barrios especiales en el interior de las ciudades. En los meses siguientes se anunció que todos los judíos serían obligados a trasladarse a estas áreas restringidas. El primer *ghetto* se estableció en abril de 1940 en la ciudad industrial de Lodz; el segundo, en Varsovia, en noviembre del mismo año. Este último se convirtió en el más grande en territorio europeo, ubicado en el seno de una ciudad central al desarrollo del judaísmo polaco. A pesar de la diversidad de dimensiones y características de los diferentes *ghettos*, el de Varsovia ha devenido símbolo y paradigma de aquéllos. La idea de su establecimiento surgió en noviembre de 1939, pero conflictos entre la Gestapo y las autoridades militares pospusieron su implementación. En el verano de 1940, antes de que éste fuese oficialmente establecido, los alemanes construyeron murallas que separaban la sección donde se encontraban los judíos que ya habían sido concentrados en la ciudad, separándolos del resto de la población. Expuesta inicialmente como una medida de cuarentena para aislar a la población judía por una epidemia de tifoidea, en septiembre de 1940 los 80 000 polacos que aun vivían en el área fueron removidos y el 3 de octubre fue oficialmente declarada la existencia del *ghetto*.

¹⁴ Véase Nora Levin, *The Holocaust. The destruction of European Jewry 1933-1945*. New York, Schocken Books, 1973, pp. 204 y ss.

Se estima que a mediados de octubre, los 140 000 judíos que aún se encontraban en diferentes zonas aledañas fueron llevados a él, sumándose así a los 240 000 que ya habitaban ahí. Este movimiento concentró a casi 400 000 personas en un área de cien manzanas; así, un tercio de la población de Varsovia quedó hacinada en el 2.4 % de la ciudad.

En 1941 había *ghettos* en todo el territorio de Polonia y también en las zonas conquistadas a los soviéticos después de la invasión a la URSS, en junio de ese mismo año. Inicialmente, los *ghettos* sirvieron como centros de concentración para los esfuerzos de expulsión; más tarde, a partir de la decisión de llevar a cabo la Solución Final, en marzo de 1991 y más aceleradamente, desde la primavera de 1942, se convirtieron en centros de deportación para los recién establecidos centros de exterminio.

De hecho, el establecimiento de *ghettos* no implicaba, inicialmente, la decisión de aniquilar a los judíos, aunque un paso esencial en este plan consistía en acelerar la ruina económica, social y política de la población judía, deteriorando al máximo las condiciones de vida del *ghetto* y acrecentando el terror. Al principio hubo dos tipos de *ghettos*: los abiertos, sólo demarcados como áreas restringidas a los judíos, y los cerrados, como en el caso del de Varsovia, alrededor del cual se construyeron murallas. En este último caso, hasta el 15 de noviembre de 1940 fue aún posible para los judíos trabajar fuera del *ghetto* y salir de él. A partir de entonces, sus puertas fueron selladas. Las 22 entradas del *ghetto* de Varsovia fueron clausuradas y ya no se permitió a los judíos su salida.

Esta tendencia acompañó de modo genérico a la vida en los demás *ghettos*: si bien en un comienzo los alemanes, por consideraciones económicas, concedieron permisos de salida y entrada, ello se canceló y se ordenó la pena de muerte a todo judío que fuese hallado en el exterior. De igual modo, se prohibió la recepción de envíos procedentes de los países neutrales y el contrabando de mercancías desde el lado "ario" se hizo mucho más peligroso, lo que incrementó el hambre y multiplicó las enfermedades y epidemias.

A mediados de 1942 empezaron a funcionar los campos de exterminio, y la sociedad judía del *ghetto* comenzó a perecer cuando, a través de sucesivas y gigantescas deportaciones, sus miembros fueron enviados a los crematorios.

Ciertamente, el *ghetto* significó una regresión en la vida de los judíos polacos de la cuarta década del siglo XX. Sus murallas que constituían,

de hecho, una frontera entre dos países, los privaban de gran parte de sus medios de subsistencia; pero, de manera más grave aún, el *ghetto* implicaba un fenómeno dejado atrás por el reloj de la historia. La segregación judía de tiempos medievales, que había encontrado en el *ghetto* una de sus máximas expresiones, había sido cancelada por la modernidad y, paulatinamente a lo largo del siglo XIX los judíos se habían integrado a la vida social, política y cultural europea. La emancipación judía, que había significado el acceso a la igualdad jurídica y política de los judíos en el seno de los modernos Estados nacionales, se vería así revertida.¹⁵

Los *ghettos* constituyeron, así, un paso intermedio entre la libertad de pre-guerra y la aniquilación posterior. Administrativamente, el *ghetto* estaba dirigido por un Consejo Judío, *Judenrat*, encargado de ejecutar las órdenes y disposiciones nazis hacia los judíos. A partir de octubre de 1939 la Policía de Seguridad alemana fue facultada para seleccionar o reemplazar a los miembros de los Consejos, sustituyendo e instrumentando simultáneamente el rol de la autoridad. Subordinados a la administración de la ocupación alemana, estos Consejos fueron parte esencial de la política nazi de control de la población. La diversidad de los Consejos Judíos en los distintos *ghettos* fue notable, mostrando características diferentes en su constitución, el modo como fueron nombrados, su grado de representatividad, su estructura interna, su relación con otras organizaciones comunitarias, con la policía del *ghetto* y la posición que asumieron de frente al problema de la resistencia armada. Al igual que el *ghetto* no fue un fenómeno homogéneo, y su propia condición de anormalidad compartida generó diferencias entre unos y otros, los Consejos Judíos exhibieron una gran diversidad.¹⁶ Algunos Consejos fueron la continuación de las diversas formas de gobierno judío que habían existido en el pasado; otros fueron nombrados

¹⁵ La transición de la vida judía de la Edad Media a la modernidad, las pugnas por el acceso a la igualdad jurídica y política en el seno de los Estados nacionales y su incorporación ciudadana, así como el complejo proceso de integración a la sociedad ha sido definido por el sobresaliente historiador y sociólogo Jacob Katz como "la salida del *Ghetto*".

¹⁶ El estudio ya clásico que brindó de un modo vanguardista un panorama sistemático, a la vez global y diferenciado, de las instituciones y de las condiciones de vida judía en los *ghettos* es sin lugar a dudas, el de Isaiah Trunk, *Judenrat-The Jewish Councils in Eastern Europe under Nazi Occupation*, Nueva York, 1972. Véase Isaiah Trunk, "Tipología de los *Judenrate* en Europa Oriental", en: David Bankier, editor, *El Holocausto. Perpetradores, víctimas, testigos*, Jerusalén, Publicaciones Monte Scopus, 1986, pp. 135-151.

entre los miembros más distinguidos de la población judía, con objeto de inducir a los demás a prestar obediencia y crear la ilusión de que la existencia judía continuaba normalmente.

Ciertamente, la situación y el papel llamado a jugar por los Consejos Judíos fue profundamente ambiguo y difícil. El Consejo estaba autorizado para administrar la vida interna del *ghetto*, por ejemplo, el aprovisionamiento de alimentos, protección contra enfermedades, registro de la población, organización de las viviendas; la asistencia social, a través de orfanatos, casas para ancianos, comedores populares y la imposición de gravámenes, e incluso, en algunos casos, la impresión del papel moneda y los sellos de correo. Todo contacto entre los judíos y las autoridades nazis debía hacerse, obligatoriamente, por su intermedio y, simultáneamente, éste se veía obligado a satisfacer los requerimientos nazis, primero de dinero y trabajo, y más tarde, de vidas humanas. Este sistema jerarquizado de supervisión alemana reforzaba el carácter incondicional y absoluto con que se buscaba que los Consejos Judíos garantizaran el cumplimiento de las órdenes. De allí que un dilema similar los unía: “conservar la vida judía en un marco de destrucción alemana. No podían seguir indefinidamente sirviendo a los judíos, mientras simultáneamente obedecían a los alemanes”.¹⁷ Así, de frente a la paradoja de conservar la vida judía en el marco de la destrucción llevada a cabo por los alemanes, se desarrolló la estrategia, por ejemplo de “rescate mediante el trabajo”, misma que se dio de modo ampliado en *ghettos* como Lodz, Vilna, Cracovia y Czestochowa, en los que se construyeron industrias y fábricas que permitían prolongar la vida humana a partir del supuesto de que su utilidad permitiría negociar la vida de quienes la sostenían por medio de su trabajo.¹⁸ En esta lógica de dominación, cabe destacarse que los *ghettos* contaron con un elemento nuevo, inexistente hasta entonces en la vida comunitaria hebrea: una policía judía; creada por iniciativa nazi, cooperaba con el Consejo para imponer su autoridad entre la población. Simultáneamente, los alemanes protegían a otros sectores no pertenecientes al Consejo Judío, a quienes hacían concesiones económicas o sobornaban para alentar la delación.

En el seno de este marco progresivamente deshumanizante, que

¹⁷ Raul Hilberg, “El *ghetto* como forma de gobierno”, en David Bankier, *op. cit.*, p. 175.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 176 y ss.

atentaba contra la vida individual y la pertenencia y solidaridad colectivas, asistimos sin embargo, al desarrollo intenso de los movimientos, partidos políticos e ideologías existentes durante el periodo anterior a la guerra. Éstos continuaron con sus actividades, sus debates y sus pugnas en el *ghetto*, lo que si bien no les permitió convertirse en una alternativa al Consejo Judío, les permitió dotar del significado y orientación que toda acción colectiva requiere. La diversificación de la vida política y cultural que acompañó al judaísmo europeo a vuelta de siglo y que se consolidó en las primeras décadas del siglo XX, se originó a partir de la pluralidad de diagnósticos en torno a la solución de la "cuestión judía" y las posibles soluciones a la condición judía en la modernidad. Estos oscilaban entre la asimilación y el renacimiento nacional; entre la integración grupal -con diferentes códigos de identidad de minoría nacional o cultural-, variadas formas de autonomía y la incorporación a los procesos revolucionarios globales. En todo caso, entre las dimensiones puestas en juego por este proceso de diversificación interna secularizante, destacaba la reivindicación del papel de la acción del hombre y el grupo en la definición de su destino. De allí que en el seno del *ghetto*, la polémica ideológica orientó la interpretación de los sucesos al tiempo que separó y confrontó, arrojando diversos grados de luz y sombra sobre una realidad que minimizaba la posibilidad de incidencia. Parte importante de esta actividad política fue la labor de los movimientos juveniles, que constituyeron el núcleo de lo que sería, posteriormente, la resistencia armada en algunos de los ghettos.

Como consecuencia de lo anterior y de modo complementario, la actividad cultural realizada dentro de los *ghettos* fue notable. Si bien la vida estaba modelada por la obligatoria adaptación a las condiciones impuestas por el dominio nazi, y, fundamentalmente, por la necesidad de sobrevivir, no se trataba sólo de sobrevivir físicamente, sino también política, cultural y espiritualmente. A pesar de la intensidad de los sufrimientos -sobresaturación poblacional, raciones alimenticias insuficientes, enfermedades, amenazas de ser llevados a trabajos forzados, entre otros- en los *ghettos* continuaron las conferencias, las actividades teatrales, y los conciertos; una vasta creación literaria en hebreo, yidish y otros idiomas se traducía en una pasión por la lectura; aunque la educación estaba expresamente prohibida, se impartían clases clandestinamente tanto para niños como para universitarios. La prensa clandestina proliferó, llegando a publicarse más de 50 periódicos

diarios solamente en el *ghetto* de Varsovia. Debe recordarse que los 30 diarios y 130 periódicos en yidish, hebreo y polaco que el judaísmo polaco había generado fueron abolidos en 1939 y se prohibió también la lectura de la prensa alemana.¹⁹ En 1940, la administración alemana, el Gobierno General, comenzó a publicar un periódico semanal que sólo contenía la información (y desinformación) que los alemanes querían transmitir y las órdenes que debían cumplirse. De allí que la prensa judía clandestina en el *ghetto* de Varsovia, como en los otros *ghettos*, cumplió la tarea esencial de proveer información al tiempo que devino un foco de referencia precisamente para resguardarse frente a la deshumanización y garantizar la supervivencia humana.²⁰ Los editores de los periódicos eran, en su mayoría, miembros destacados de los partidos y organizaciones políticas, así como de los movimientos juveniles, que proyectaron en la palabra escrita las polémicas ideológicas. En estos foros es posible ver cómo ante las traumáticas condiciones que les fueron impuestas a sus vidas, las diferentes posiciones reflejaron la mediación de sus diagnósticos ideológicos en la aprehensión de la realidad y la centralidad de las pugnas político-culturales.

De este modo, en medio de las terribles vicisitudes del *ghetto*, se consolidó un fuerte ámbito de reflexión sobre el presente, de re-interpretación del pasado y de visiones del futuro que nutrió un sentimiento de conciencia histórica. Esta encontró a su vez, en el testimonio escrito, una de sus más importantes fuentes de expresión. El historiador Emmanuel Ringelblum, organizador de los archivos clandestinos del *ghetto* de Varsovia y del diario que ha permitido reconstruir la vida en él, señalaba a principios de 1943, casi al final de su vida:

“Todos escribían -periodistas y escritores por supuesto, pero también maestros, hombres públicos, jóvenes, incluso niños-...”²¹

La palabra dejó de pertenecer, así, sólo al escriba encargado de

¹⁹ Véase Leni Yahil, “The Warsaw Underground Press. A Case Study in the Reaction to Antisemitism”, en Jehuda Reinharz, editor, *Living With Antisemitism. Modern Jewish Responses*, Hanover y London, Brandeis University Press, University Press of New England, 1987, p. 413.

²⁰ *Ibid.*

²¹ Emmanuel Ringelblum: “Oyneg Shabes” en: David Roskies (editor), *The Literature of Destruction. Jewish Responses to Catastrophe*, Philadelphia-New York-Jerusalem, The Jewish Publication Society, 1989, p. 386.

copiar sin errores los textos sagrados, o al rabino erudito, o incluso al historiador profesional. En los *ghettos*, la palabra escrita se socializaba; la experiencia colectiva pasaba a través del testimonio individual y éste, sustentado sobre la vivencia personal, se transformaba en la vivencia de todo un pueblo. El testimonio fue, incuestionablemente, único y sus palabras fueron las de una época y contribuyeron a crear una memoria colectiva. La vivencia personal y la comunitaria se insertaron en la vasta tradición testimonial judía, que obedecía a un doble imperativo. El primero, *el de dar testimonio* para documentar un acontecimiento denunciando toda iniquidad y buscando la justicia; el segundo, plasmado desde del Deuteronomio bíblico y forjado por profetas y sacerdotes, *el de recordar*, componente central de la experiencia colectiva del pueblo judío. En este sentido, la palabra testimonial escrita en los *ghettos* constituyó un elemento de resistencia frente al olvido y la muerte; pero también fue una re-escritura de la historia desde la perspectiva de los vencidos. El testimonio de los *ghettos*, escrito en un presente sin futuro, desafió el proyecto nazi de borrar de la faz del planeta al pueblo judío, como si éste no hubiera existido ni pudiera dejar herederos ni memoria; respondió a la necesidad de interpretar el significado de la experiencia y fue también la continuación de la tradicional respuesta judía a las catástrofes que asolaron su historia, desde aquellos versos que cantaban junto a los ríos de Babilonia la nostalgia por Jerusalén, pasando por los relatos en torno a los mártires que sacrificaron su vida en nombre del Nombre Sagrado, los testimonios de la expulsión de España o los poemas escritos por Jaim Nachman Bialyk a raíz de los *pogroms* de Kishinev en 1903.

En los *ghettos*, supervivencia y testimonio se volvieron ejes de una misma tensión: el testimonio literario fue un medio para combatir la desesperación, al tiempo que la supervivencia encontraba en el testimonio una forma para que la historia se narrase a sí misma. El testimonio intentaba sobreponerse al silencio al que el judío estaba condenado, creando una estrecha relación entre el que escribía y su comunidad. Aislados, con una percepción fragmentada de su realidad, centrados sólo en lo que ocurría a su alrededor e imposibilitados para imaginar una Solución Final para la cual no existían precedentes históricos, quienes escribían en los *ghettos* eran testigos directos de lo que acontecía.

De hecho, existía una conexión inmediata entre la experiencia, el escritor y el texto. Los testimonios de los *ghettos* están escritos desde

el remolino de los acontecimientos y tienen, por lo tanto, el peso de la realidad; se inscriben, a su vez, en la intersección entre el propósito distorsionador de la información proporcionada por el régimen nazi, las propias esperanzas y la conciencia del valor de su propia obra.

El carácter determinante de esta dominación sobre la vida y el destino de quienes escribían condujo a la dramática paradoja de que el autor de los diarios, de modo más evidente, no era el protagonista de la narrativa, ni el autor de su vida, ni el agente de su realidad. El hecho de estar encerrados en el *ghetto* convertía a los escribas en víctimas a merced de sus perseguidores; su destino estaba fijado de antemano. La experiencia personal se desarrollaba, así, en el marco de una realidad sobredeterminada por el destino grupal sobre el cual se reducían las posibilidades de incidencia.

Los testimonios escritos en los *ghettos* son múltiples y variados: desde prédicas y sermones -religiosos y seculares- dedicados a comprender el significado de lo que acontecía, hasta novelas que pretendían reflejar fielmente la realidad; desde leyendas de la tradición judía actualizadas a la desgracia de la situación, hasta reportajes que describían, por ejemplo, las fumigaciones de los departamentos en el *ghetto* de Varsovia y los baños forzados en pleno invierno en aras de la "desinfección"; desde las crónicas satíricas sobre las disposiciones del Consejo Judío y sus efectos sobre la población hasta la más pura prosa literaria que reflejaba lo que era tener hambre en el *ghetto*;²² desde poesía hasta diarios personales; desde testimonios individuales hasta notas cotidianas y archivos históricos que daban cuenta del acontecer en la vida judía del *ghetto*.

Quisiéramos detenemos, sin embargo, en algunas expresiones testimoniales que fueron particularmente importantes, no sólo como recreación de los gritos y silencios que recorrían a los *ghettos*, sino asimismo como aquella *otra voz* que se alzaba frente a la voz única de la experiencia cerrada del *ghetto*, negándose a capitular frente a la destrucción y otorgando nombre a los eufemismos con los que el nazismo pretendía ocultar la verdad.

La poesía, por ejemplo, fue un género que floreció como medio de comunicación en los *ghettos*, ya sea públicamente o en la prensa

²² David Roskies, *op. cit.*, pp. 399-454.

clandestina. Muchos poemas se convirtieron en canciones, e incluso en himnos de resistencia; algunos fueron escritos para representaciones teatrales y otros se recitaban en reuniones juveniles. El lenguaje de la poesía, fragmentario y metafórico, así como su intensidad emocional y el poder de su palabra se prestaban de manera casi ideal para expresar la desesperación y la incommensurabilidad del dolor que asolaban al *ghetto*.

¿Cómo podía un padre enseñarle a un hijo, por ejemplo, el hambre y el frío?

En el *ghetto* de Varsovia, en mayo de 1941, Yitzhak Katzenelson escribía:

*Sale, mi amor, a la calle,
sale y muere en la calle,
en la dura acera.
Traed a nuestros pálidos hijos.
Traed al mayor,
traed al mediano,
el menor es aún muy joven
pero como un judío adulto
puede morir de hambre en la calle.*²³

Y el mismo poeta, en enero de 1942, agregaba:

*Hace frío adentro, un frío amargo.
Lobos corren alrededor del cuarto.
Osos polares obstruyen las ventanas.
Yo, mi esposa y mis hijos temblamos
y no sabemos qué hacer.*

*Y nadie ve, y nadie quiere oír.
No llores, oh, no llores.
Aunque tus lágrimas son silenciosas,
pueden helarse en tus ojos.*²⁴

²³ Yitzjak Katzenelson, "Songs of Hunger", en *ibid.*, pp. 472-473.

²⁴ Yitzjak Katzenelson, "Songs of the Cold", en *ibid.*, p. 473.

Muchos poemas expresaban la cruda realidad de los niños huérfanos acunados por manos ajenas. Así, por ejemplo, Leah Rudnitsky escribía en el *ghetto* de Vilna en 1942:

*Pájaros se posan en las ramas.
Duerme, ni niño querido.
Junto a tu cuna, en el campo,
un extraño se sienta y canta.
Alguna vez tuviste otra cuna
tejida de alegría.
Y tu madre, oh tu madre,
ya no regresará más.*²⁵

Y en el mismo *ghetto*, en abril de 1943, Shmerke Kaczerginski escribía:

*En algún lugar tu padre desapareció,
desapareció con toda nuestra alegría.
Quieto, mi niño; no llores, mi tesoro:
no sirven las lágrimas.
No importa la furia de tus lágrimas,
el enemigo no las verá.
Los ríos se abren en océanos
las celdas no son el mundo,
pero para nuestro dolor
no hay final
no hay luz.*²⁶

Otros poemas acentuaban el dolor, no sólo del frío, sino de la falta de hogar: Wladyslaw Szlengel escribía en 1941 en el *ghetto* de Varsovia:

*La nieve que cae es miserable y taladra.
Lana blanca envuelve mis pies.
Un judío en su trabajo -y un soldado.
Juntos estamos en las calles vacías.*

²⁵ Leah Rudnitsky: "Birds are Drowsing", en *ibid.*, p. 478.

²⁶ Shmerke Kaczerginski: "Still, Still", en *ibid.*, p. 480.

*Tú no tienes hogar -tampoco yo.
El tiempo ha detenido el leve fluir de la vida.
Oh, que brecha temerosa entre tú y yo.
Y sin embargo, estamos ligados por la nieve.²⁷*

Uno de los más conmovedores poemas escritos en el *ghetto* pertenece a Abraham Sutzkever quien, entretejiendo la fuerza poética y la terrible realidad de la guerra, escribía en el *ghetto* de Vilna en enero de 1943:

*Las ruedas de la carreta se apresuran,
palpitando..
¿Qué llevan?
Zapatos, temblando.*

*La carreta es como
una gran sala:
los zapatos se apretujan
como en un baile*

*¿Una boda? ¿Una fiesta?
¿Me he vuelto ciego?
¿Quién ha dejado
estos zapatos atrás?*

*Las ruedas rechinan
con un estrépito temeroso,
transportadas desde Vilna
a Berlín.*

*Debiera quietarme,
mi lengua es como carne,
pero la verdad, zapatos,
¿dónde están tus pies?*

²⁷ Wladyslaw Szymborska: "Two Gentlemen in the Snow", en *ibid.*, pp. 486-7.

*¿Los pies de estas botas
con botones afuera?
¿ésos, sin nadie,
o aquellos, sin una novia?*

*¿Dónde está el niño
que cabía en estos zapatos?
¿Está descalza la muchacha
que compró estos otros?*

*Pantuflas o zapatillas,
miren, aquí están las de mi madre:
su par del Sábado,
junto con otros pares.*

*Las ruedas rechinan
con un estrépito temeroso,
transportadas desde Vilna
a Berlín.²⁸*

Sin embargo, la mayor parte de lo escrito en los *ghettos* fueron diarios o notas, en los cuales la vida cotidiana se expresaba a través de la vivencia, los sentimientos y los pensamientos de quien escribía. Los diarios presentan, de manera relativamente detallada, los sucesos de cada día con la espontaneidad de quien escribe lo que vive. A diferencia de las memorias del Holocausto escritas por sobrevivientes, que ofrecen una reflexión sobre el pasado e imponen un orden y una interpretación al recuerdo histórico, los diarios escritos en el *ghetto* carecen de una larga sedimentación intelectual o emotiva, al tiempo de que quien los escribe desconoce lo que sería la "solución final".

Reflejo vivido de la forma en la que los habitantes del *ghetto* se adaptaban a los ritmos cotidianos fijados por los nazis, los diarios expresan los procesos de desintegración física y moral que experimentaron los *ghettos* entre 1940 y 1944, reproduciendo existencialmente la atmósfera vivida por los judíos, encerrados y aislados, durante dicho

²⁸ Abraham Sutzkever. "A Load of Shoes", en *ibid.*, pp. 493-4.

periodo. Escritos en secreto, en hojas de papel conseguidas dificultosamente, los diarios preservan una vivencia individual que se transforma, sin embargo, en la vivencia de toda una comunidad que está sometida a una realidad que le es impuesta, que estrecha hasta el límite su capacidad de influir sobre ella y que deja ver, por tanto, el alcance protagónico de la dominación nazi, del victimario. Por ello, parecen haber sido escritos por una sola figura, siempre la misma, la víctima que relata una vida definida por aquél. Sin embargo, existen diferencias significativas entre ellos, derivadas de diversos factores: desde los asociados al autor mismo y su ubicación en el seno de la comunidad judía del *ghetto*, hasta el lugar específico en el que fueron escritos, el entorno local, su conformación y, consecuentemente, las interacciones con la población local, y poniendo en juego otros elementos tales como el propósito de la escritura. Este último se manifestó no sólo en el carácter general del diario, sino también en el grado de especificidad con que se registraban los acontecimientos, la interacción entre éstos y quien los reseña, perfilando así, con diversos grados, el entrelazamiento de la subjetividad y la objetividad. Algunos diarios fueron sólo esbozos a ser desarrollados, idealmente, después de la guerra; otros, en cambio, fueron textos más elaborados desde sus inicios. La mayor parte de los diarios se perdieron durante las deportaciones a los campos de exterminio, y los que se encontraron entre los escombros de los *ghettos* fueron publicados años después del fin de la guerra.

Del *ghetto* de Varsovia se pudieron recuperar varios diarios. Uno de los más conocidos es el de Chaim Kaplan, maestro de hebreo e instructor de Biblia, quien plasmó en su diario -"mi vida, mi compañía y mi confidente"- el enojo, la irritación y el dolor de un hombre común y corriente sometido a vicisitudes sin fin. Escribía, por ejemplo, Chaim Kaplan en noviembre de 1941:

"¿Por qué estoy enojado? El tifus ha atacado también a mi hogar: mi esposa ha contraído la terrible enfermedad. Su vida está en grave peligro, y debo salvarla. Nuestros medios materiales son limitados, mínimos... Así que, con mis escasas fuerzas, sufrago los gastos de la enfermedad, que también debo esconder de ojos extraños, porque es un mal contagioso y se prohíbe a quienes lo tienen permanecer en hogares privados ¿Qué bienes valiosos me quedan para poder venderlos y obtener una suma decente?"

Durante los dos años de la guerra mis posesiones se han evaporado completamente. Una por una las he vendido para evadir la desgracia del hambre. Con dolor en tu corazón pones tus amados objetos en manos de un extraño, y en cambio recibes unos pocos billetes arrugados, que te alivian unos pocos días, porque entretanto los precios han subido, y el dinero se deshace entre tus dedos. Pero no hay alternativa. El peligro de muerte acecha a la cabecera de la cama del paciente. En momentos como éstos se reprime cualquier clase de sentimientos. Pero antes de que mi cansado cerebro pueda escoger algún objeto, una noche nublada y oscura extiende sus alas sobre los habitantes del ghetto. Con la noche llega la oscuridad, y el ghetto se convierte en una ciudad de locos y lunáticos. Las lámparas de gas no se encienden. Los aparadores de las tiendas se extinguen. Las persianas se cierran sobre las ventanas. Dentro de las casas no hay ni un rayo de luz: a medianoche la corriente eléctrica se corta, y una vela de sebo acuoso que gotea y se derrite la reemplaza. Salir en tal oscuridad es enfrentarse a un peligro mortal. El silencio del ghetto en la oscuridad incrementa el miedo a la noche, llena de secretos. En mi cuarto no hay ni un ser vivo, excepto el paciente con su fiebre ardiente y la muerte esperándola.²⁹

Pero Chaim Kaplan no sólo describe cómo se vivía en el *ghetto* de Varsovia, sino también como se moría en aquel lugar. En marzo de 1942 escribía:

“¡Enterrar doscientos cadáveres en un día no es poca cosa! Una larga caravana de vagones se extiende a lo largo de la calle Gesia (donde se encontraba el cementerio judío), y cada uno de ellos no trae sólo a una persona a las puertas del cementerio, sino a varios en un viaje. Dentro de los vagones apenas hay lugar para apilar cuatro cadáveres; si hay un quinto, lo ponen en el techo. Si hay un ataúd, bien; lo ponen en el ataúd, cerrado o abierto; si no hay, lo ponen sobre su espalda y lo atan para que no se caiga. Y aún si está de espaldas, atada, no les importa si está cubierto. Simplemente un hombre muerto, tal como es, sin siquiera una mortaja de papel, yaciendo sobre su espalda en el techo del vagón.

²⁹ Chaim Kaplan: “Scroll of Agony”, en *ibid.*, pp. 435-6.

y nadie siente la indignidad. Cuando los vagones entran en el cementerio, comienzan a remover los cuerpos, y quien no haya visto esto con sus propios ojos no ha visto jamás en su vida la fealdad."³⁰

En todo caso, su diario plasma la percepción de un hombre a la vez "común" y letrado, que encuentra en el conocimiento bíblico del educador una mediación entre el registro de los acontecimientos y la actitud y sentimientos de quien escribe.

Del *ghetto* de Varsovia se han conservado también las notas del diario de Emmanuel Ringelblum, historiador que organizó los archivos clandestinos *Oyneg Shabbes*, celebrantes del Shabat, nombre de la sociedad secreta que creó para reunir la información documental que pudiese servir, en el futuro, como crónica de la destrucción de la vida judía en Polonia. Las notas de Ringelblum, encontradas en los escombros del *ghetto* en 1946 y en 1950, más que un diario en sentido estricto, constituyen un registro de los eventos más importantes que sucedían en las calles del *ghetto* de Varsovia. Militante político y activista social, Ringelblum fue un testigo privilegiado de lo que acontecía en el *ghetto*; su contacto con refugiados, administradores de cocinas populares, policías, funcionarios del Consejo Judío y demás individuos y grupos que poblaron el *ghetto*, le proporcionaba un punto de vista excepcional para tener una visión de conjunto sobre la evolución de los acontecimientos. Sus registros semanales o mensuales, acompañados siempre de una evaluación de los sucesos, no expresaban solo ni prioritariamente sus sentimientos o pensamientos personales, sino que recogían la atmósfera social e histórica y los sentimientos de la gente en torno a lo que se vivía. El resultado fue un fresco gigantesco, en el que, a través de fragmentos casi fotográficos, se reconstruyen personajes, lugares y situaciones del *ghetto*.

Así, por ejemplo, el 10 de diciembre de 1940 escribía Ringelblum:

*"Ayer, un soldado saltó de un automóvil e hirió a un muchacho en la cabeza con una barra de hierro. El muchacho murió".*³¹

³⁰ *Ibid.* p.442.

³¹ Emmanuel Ringelblum. *Notes from the Warsaw Ghetto. Journal of Emmanuel Ringelblum*. New York, Schocken Books, 1989, p. 108.

El 28 de febrero de 1941 señalaba:

*“Casi diariamente gente cae muerta o desmayada a mitad de la calle. Ya no impresiona tan directamente. Las calles están siempre llenas de refugiados recién llegados”.*³²

El 16 de junio de 1941 agregaba:

*“Los niños judíos están ahora aprendiendo sobre Varsovia por fotos. Las murallas les impiden ver el original... “Está prohibido enviar cartas, sólo postales. La mayoría de los campos de trabajo en el distrito de Varsovia se ha disuelto. Algunos de ellos, porque no había suficiente alimento”.*³³

El 20 de noviembre de 1941 anotaba:

*“Un niño almorzó en dos cocinas públicas diferentes. Al ser descubierto, el niño pidió con lágrimas en los ojos que se le permitieran los dos almuerzos porque no quería morir como su pequeña hermana”.*³⁴

El 30 de mayo de 1942 Ringelblum escribía:

*“La última semana fue sangrienta. Casi cada día se veía a contrabandistas fusilados”.*³⁵

Y casi al finalizar su diario, señalaba:

“Todos tienen que trabajar por nada: los obreros en los talleres, el sastre, el zapatero, el barbero, el doctor...Desde las deportaciones, (los nazis) han dejado de pagarle a los trabajadores, que ya desde antes recibían salarios de hambre... La espada de Damocles del exterminio pende constantemente sobre las cabezas

³² *Ibid.*, p. 130.

³³ *Ibid.*, pp. 187-188.

³⁴ *Ibid.*, p. 230.

³⁵ *Ibid.*, p. 283.

de los judíos de Varsovia. Su destino está ligado al de los talleres. En la medida en que los talleres tengan pedidos, los judíos tendrán derecho a vivir... Si no, serán gente sin hogar ni cartillas de alimentación".³⁶

Ringelblum documenta las contradicciones que existían al interior del *ghetto*, la expansión de las enfermedades, los efectos del hambre, la situación de los orfanatos, las tácticas de supervivencia de los mendigos, las estratagemas de los contrabandistas para introducir alimentos, el deterioro de las vestimentas, las dificultades para conseguir servicios médicos, la desintegración de los lazos familiares, el aumento del costo de la vida, el desmantelamiento de los bienes familiares, el incremento de la mortalidad, el tráfico ilegal de las cartillas de racionamiento, e incluso los chistes que circulaban por las calles y lo que la gente leía.

Del diario de Ringelblum se desprende, con contundencia, la contradictoria y dramática situación a la que estuvieron expuestos los Consejos Judíos: sus acciones de mediación que los distanciaron progresivamente de la comunidad, acciones con variados grados de arbitrariedad, los límites de la sensibilidad asociados a las estrategias de negociación.

Sus notas permiten rescatar la doble dimensión de la miseria humana que resulta necesaria para sobrevivir, así como la grandeza de espíritu para mantener precisamente la dimensión humana de la existencia a través de expresiones de solidaridad o de la propia recuperación en los productos de la cultura. En este último sentido, aluden al lugar que la vida cultural en el *ghetto* ocupó como recurso para combatir la demoralización y deshumanización en lo que denominó "una sociedad libre de esclavos".

Así, las notas de Ringelblum dan cuenta del proceso de desintegración económica y social que significó el *ghetto* en la vida de la comunidad judía de Varsovia: desde las medidas restrictivas implementadas a partir de 1940, hasta las deportaciones hacia los campos de exterminio iniciadas en Julio de 1942; desde los permisos de salida concedidos a los judíos por razones económicas en 1940, hasta las penas de muerte impuestas en 1941 por haber traspasado los muros del *ghetto*; desde las

³⁶ *Ibid.*, pp. 318-319.

esperanzas de un pronto triunfo aliado en 1941, hasta las noticias de los exterminios masivos llevados a cabo en Treblinka en 1942; desde las injurias a la población judía en 1940, hasta la búsqueda de refugios clandestinos para escapar a las deportaciones en 1942. El escriba, el historiador, recoge en un permanente compromiso con la objetividad aquellos fragmentos del amplio espectro de la vida en el *ghetto* que la posteridad pueda escribir la historia.

En efecto, parte substancial de los más fidedignos testimonios fueron los archivos escritos en los *ghettos*, destinados a reunir pruebas documentales que evidenciasen la vida de la sociedad judía en uno de sus periodos más difíciles y pudiesen servir, en el futuro, para estudiar la vida de la sociedad judía en uno de sus periodos más difíciles, preservando para la historia la narrativa de la ruina de un pueblo. Entre los archivos que testimonian la vida caben destacar el de Lvov, lamentablemente perdido durante las deportaciones, el del *ghetto* de Bialestok, la crónica del de Lodz y, de modo destacado, los del *ghetto* de Varsovia. Estos fueron contruidos, tal como señalamos, por la organización fundada por Ringelblum, *Oyneg Shabes*, que se reunía los sábados y que actuó de hecho como una organización de resistencia, al dedicarse a reunir testimonios y reportes de los judíos que se refugiaban en Varsovia y a juntar documentos muy variados sobre la vida en el *ghetto*: trazos de la vida cultural, cartillas de alimentación, decretos de las autoridades nazis, prensa clandestina, minutas de reuniones del Consejo Judío, etc. A fines de enero de 1943, poco antes de su evasión del *ghetto* de Varsovia, escribía Ringelblum explicitando el sentido de los archivos:

“Durante tres años y medio de la guerra, los Archivos del ghetto fueron elaborados por un grupo llamado Oyneg Shabes (Celebración del Sábado). Comencé a juntar material contemporáneo en octubre de 1939. El archivo intentaba proporcionar un resumen de la vida en Varsovia durante la guerra. El plan estaba dividido en cuatro partes: una sección general, una sección económica, una sección cultural-científica-literaria y teatral, y una dedicada a asuntos de bienestar social... (Dentro del equipo del Oyneg Shabes) todos apreciaron la importancia del trabajo que se estaba haciendo. Entendían cuán importante era para las generaciones futuras que existiese un

*registro de la tragedia del judaísmo polaco. Se trataba de proporcionar un retrato comprensivo de la vida judía en tiempos de guerra -una panorámica fotográfica de lo que las masas judías habían experimentado, pensado y sufrido. Oyneg Shabes intentó dar una visión comprensiva de la vida judía en tiempos de guerra -una visión fotográfica de lo que las masas del pueblo judío habían experimentado, pensado y sufrido. Hicimos nuestro mejor esfuerzo para que ciertos eventos específicos fuesen descritos por un adulto, un joven y un judío piadoso... Comprensión fue el principal objetivo de nuestro trabajo. Objetividad fue el segundo. Aspirábamos a presentar la total verdad, no importa cuán dolorosa hubiese sido. La guerra cambió la vida judía en las ciudades polacas con mucha velocidad... (Por lo tanto) intentamos aprehender un evento en el momento en que ocurría, porque cada día era como décadas de tiempos previos... ¿Qué tipo de material está preservado en los Archivos? Sus más importantes tesoros son las monografías de ciudades y aldeas. Ellas contienen la experiencia de una cierta aldea desde el inicio de la guerra hasta la deportación y la liquidación de su comunidad judía. Las monografías comprendían todos los aspectos de la vida: la vida económica, la relación de alemanes y polacos con la población judía, la comunidad y sus actividades; el bienestar social; episodios importantes en la vida de la comunidad, tales como la llegada de los alemanes, pogroms, expulsiones y actos de atrocidad perpetrados durante las festividades judías; la vida religiosa; trabajo y asuntos conectados con éste (campos de trabajo, la obligación de trabajar, el trabajo forzado...etc.). Aparte de monografías comprensivas, buscamos el registro de episodios aislados y significativos en las diversas ciudades. Por ejemplo, a esta categoría pertenece el recuento de la ejecución de 52 judíos de la calle Nalewsky número 9 después de que un héroe judío de la resistencia clandestina asesinó a un policía polaco... No existe un fenómeno importante de la vida judía del periodo de guerra que no esté reflejada en los materiales del Archivo..."*³⁷

³⁷ Emmanuel Ringelblum: "Oyneg Shabes", en David Roskies, *op. cit.*, pp. 386, 390, 391, 392.

Un carácter diferente presenta otro de los diarios que se ha conservado en su totalidad, el de Avraham Tory, escrito entre octubre de 1941 y enero de 1944 en el *ghetto* de Kovno, ubicado en Lituania, zona conquistada por los nazis de manos soviéticas en junio de 1941. Tory, secretario del Consejo Judío del *ghetto* se preocupó, en su calidad de tal, por preservar copias de decretos e instrucciones de los alemanes al *Judenrat*, como también de guardar documentos elaborados por el Consejo, tales como regulaciones, informes, circulares, censos y materiales estadísticos. De igual modo, Tory alentó a algunos artistas a realizar un registro visual y fotográfico del *ghetto*.

El diario de Avraham Tory, uno de los más largos y lleno de detalles, presenta un registro completo de los principales acontecimientos que sucedían diariamente en el *ghetto*: los actos de pillaje de los lituanos a las propiedades judías, las requisiciones, los fusilamientos por contrabando, los arrestos arbitrarios, el papel de la policía judía, las delaciones, el reclutamiento para trabajos forzados, e incluso la explotación de los trabajadores del *ghetto* para fines personales de los alemanes. Por otra parte, el diario documenta en detalle las difíciles relaciones entre el Consejo Judío de Kovno y la administración civil alemana, como también los desesperados esfuerzos del Presidente del Consejo, el anciano doctor Elchanan Elkes, por proteger a los habitantes del *ghetto*, mitigar los efectos de las órdenes nazis y preservar la moral del *ghetto*. La perspectiva de quien escribe permite, a través de la empatía, captar el respeto y la gesta heroica del Dr. Elchanan al frente del Consejo. La distancia entre este testimonio y el del Dr. Ringelblum no sólo apunta a las diferencias que se derivan del lugar de quien escribe sino del desempeño de los propios actores.³⁸

Quizá lo más estremecedor del diario de Avraham Tory sea la descripción de los operativos en los que los judíos eran llevados fuera de los límites del *ghetto* para su ejecución, como primera fase del exterminio masivo realizado por los *Einsatzgruppen* que acompañaban a las tropas nazis en su ataque a territorio soviético, y cuya misión era eliminar a los judíos mediante el uso de ametralladoras, arrojándolos en el interior de fosos o barrancos abandonados. Así, por ejemplo, el 28 de octubre de 1941 Avraham Tory escribía:

³⁸ Véase, Isaiah Trunk, "Tipología de los *Judenrate* en Europa Oriental", *op. cit.*; Raul Hilberg, "El *ghetto* como forma de gobierno", *op. cit.*

“Una niebla pesada cubría el cielo y todo el ghetto estaba envuelto en oscuridad. De todas direcciones, arrastrándose pesadamente, grupos de hombres, mujeres, niños, ancianos y enfermos llegaban en largas filas. Todos se dirigían a la misma dirección: la Plaza Demokratu... Era una procesión de dolientes apesadumbrados. Alrededor de treinta mil personas se dirigían esa mañana hacia lo desconocido, hacia un destino que ya les había sido determinado por los sangrientos gobernantes... La plaza estaba rodeada por emplazamientos armados. Rauca (el oficial nazi encargado de los asuntos judíos en los cuarteles generales de la Gestapo en Kovno) se ubicó sobre un pequeño montículo desde el cual podía observar a la gran multitud que esperaba en la plaza. Su mirada recorrió brevemente la columna de los miembros del Consejo y de la policía judía del ghetto, y con un movimiento de su mano los dirigió a la izquierda, que, como se vería más tarde, era el lado “correcto”. Luego hizo una señal con su bastón de mando y ordenó a las columnas restantes: ¡Adelante! La selección había comenzado... Las personas mayores y los enfermos, las familias con niños, las mujeres solteras, y las personas cuyo físico no lo impresionaba en términos de capacidad de trabajo, eran dirigidas hacia la derecha. Allí, caían inmediatamente en manos de policías alemanes y partisanos lituanos, que los golpeaban con palos y los empujaban hacia un espacio abierto de la valla, donde dos alemanes los contaban y los ubicaban en un sitio diferente... La selección concluyó sólo después de que cayó la noche, no antes de que Rauca se asegurara de que la cuota había sido completada y de que alrededor de diez mil personas habían sido transferidas al Pequeño Ghetto . Sólo entonces se permitió que quienes se habían salvado de la selección y habían permanecido de pie en la plaza, regresaran a sus hogares... La procesión, que alcanzaba las diez mil personas y que se dirigía desde el Pequeño Ghetto hacia el Noveno Fuerte (una fortificación del siglo XIX que rodeaba la ciudad), duró desde la aurora hasta el atardecer... En el Fuerte, la desventurada gente fue rodeada por los asesinos lituanos, quienes la despojaron de todo artículo de valor -anillos de oro, aretes, brazaletes. Los obligaron a desnudarse, los empujaron a fosos preparados con anticipación, y dispararon a cada foso con ametralladoras que

*había sido dispuestas previamente. Los asesinos no tuvieron tiempo de dispararles a todos de una sola vez antes de que llegara el siguiente contingente de judíos. A éstos se les dio el mismo tratamiento que a quienes les habían precedido. Fueron empujados al foso encima de los muertos, los agonizantes, y los sobrevivientes del grupo anterior. Así continuó, contingente tras contingente, hasta que diez mil hombres, mujeres y niños hubieron sido asesinados”.*³⁹

Sin embargo, no todo el contenido del diario de Avraham Tory está marcado por esta dimensión trágica. Tory describe el ánimo festivo de la celebración de la fiesta de *Purim* en Marzo de 1943, en la cual “los niños han estado aprendiendo las canciones, las danzas y los juegos,”⁴⁰ la conmemoración de la Pascua judía en abril de 1943 que, coincidiendo con la Semana Santa cristiana permitió “unos días de descanso en los que cada uno pudo dedicarse a los asuntos de su interés personal: discusiones culturales, pensamiento creativo, y otros, que permiten un poco de alimento espiritual”,⁴¹ o las festividades sionistas del 24 de julio de 1943, que describe como “una ocasión festiva, llena de esplendor”.⁴²

Si bien puede suponerse que la idea de exterminar a la población judía estaba presente desde los inicios del régimen nazi, la decisión final fue adoptada en enero de 1942 en la Conferencia de Wansee, renovándose el impulso de expulsar a los judíos desde las fronteras del Reich hacia Polonia, convertida en el centro del exterminio para todos los judíos de Europa. A mediados de aquel año comenzaron las deportaciones desde los *ghettos* hacia los campos de exterminio, y pronto comenzarían a llegar al *ghetto* noticias de lo que estaba ocurriendo en Treblinka, Majdanek o Auschwitz.

En ese momento, el contenido de los testimonios cambia. Si bien hasta 1942 se podía creer en una pronta derrota alemana, tal como se expresa repetidamente en la prensa clandestina,⁴³ después de las

³⁹ Avraham Tory, *Surviving the Holocaust. The Kovno Ghetto Diary*. London, Harvard University Press, 1990, pp. 49, 50, 51, 55, 58.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 253.

⁴¹ *Ibid.*, p. 307.

⁴² *Ibid.*, p. 433.

⁴³ Véase Leni Yahil, “The Warsaw Underground Press. A Case Study in the Reaction to Antisemitism”, *op. cit.*

deportaciones y la evacuación masiva de los *ghettos* a mediados de ese año, surge la certeza del fin, aunque sin saber ni cómo ni dónde. Se consolida aquello que Lawrence Langer ha denominado *choicelless choice*, una elección sin opciones,⁴⁴ es decir, una elección que no se da entre la vida y la muerte, sino entre formas inéditas de respuesta ante la muerte, impuestas por una situación en la que la víctima no puede elegir. La escritura se transforma, entonces, en elegía. ¿Cómo dar nombre y rostro a los que desaparecen?

El poema de Simkhe Bunem Shayhevits, por ejemplo, simboliza el destino de miles de deportados en tres figuras: padre, madre e hija.

*Y ahora, Blemele, niña querida
contén tu alegría infantil
-ese flujo mercurial dentro de ti-
preparémonos para el camino desconocido.*

*No me mires con extrañeza
con tus grandes ojos cafés
y no preguntes por qué
tenemos que abandonar nuestro hogar.*

*E ir en largos, largos,
desconocidos y nevados caminos;
y por qué, en lugar de una aldea o ciudad,
vendrá a encontrarnos el terror.-*

*Y ahora, Blemele, querida niña
deja, deja ya de jugar,
no hay tiempo para eso,
podemos ser llamados en cualquier momento*

*a dejar nuestro pobre hogar
-un bote solitario en una isla de arena-
y ser arrastrados en medio
de un furioso y desnudo mar.*

⁴⁴ Véase Lawrence Langer, *Admitting the Holocaust*, New York-Oxford, Oxford University Press, 1995.

*Afuera el primer grupo
es arrastrado:
mujeres, hombres, ancianos: en sus espaldas
pesados bultos, niños en sus brazos.*

*Sus rostros desolados
están enrojecidos de vergüenza y frío
Sus pasos tambalean;
sus miradas son las de un sentenciado a muerte.⁴⁵*

A pesar de que fuerzas de resistencia se organizaron en los *ghettos* de Varsovia, Minsk y Kovno, su ubicación, la falta de armamento, el aislamiento y la carencia de toda clase de ayuda exterior se tradujo en una derrota inevitable.⁴⁶

Entre 1943 y 1944, los *ghettos* no sólo fueron destruidos, sino arrasados por completo. De un mundo social vibrante, como fue el judaísmo oriental en el periodo de entreguerras, sólo quedaron piedras calcinadas. Un testimonio anónimo de alguien que se salvó de la destrucción del *ghetto* de Varsovia, escrito en el lado ario de Varsovia en 1943, señalaba:

*“Domingo, 25 de abril de 1943. Al atardecer, el ghetto judío en Varsovia fue incendiado, y decenas de miles de hombres, mujeres y niños perecieron entre las llamas: aquellos que trataron de escapar fueron acribillados en las calles y aquellos que milagrosamente escaparon fueron cazados y atormentados durante semanas, meses, hasta que también fueron aniquilados. Y cuando más tarde, buscando a través de una de las azoteas por gente sofocada, encontré niños con bocas como agujeros negros, y mujeres cuyos puños cerrados apretaban pelo arrancado de sus cabezas, lloré y apreté mis propios puños y recordé los millones de puños apretados en todo el mundo, levantados en contra del hitlerismo y el fascismo”.*⁴⁷

⁴⁵ Simkhe Bunem Shayevitsh: “Lekh-Lekho”, en David Roskies, *op. cit.*, pp. 520-522.

⁴⁶ Para un análisis de las respuestas judías y de la resistencia en los *ghettos*, véase, Yehuda Bauer y Nathan Rotenstreich (editores), *The Holocaust as Historical Experience*, New York, Holmes & Meier Publishers Inc., 1981, parte III, pp. 155-272.

⁴⁷ Anónimo: “The Ghetto in Flames”, en David Roskies, *op. cit.*, p. 459.

El escritor francés Marek Halter concluía su novela *El libro de Abraham* con la imagen de su abuelo entre las llamas en el momento final de la destrucción del *ghetto* de Varsovia, llevando en su mano una granada y abrazando contra su pecho el rollo que, de escriba en escriba y de impresor en impresor, contenía la historia de su familia desde el momento de su exilio de Jerusalén, el año 70 después de Cristo. Indudablemente, se trata de una impactante imagen literaria. Pero también es cierto que, pese a que con el Holocausto se extirpaba de raíz la cultura del judaísmo oriental, ni la destrucción de los *ghettos* de Varsovia, Lvov, Bialystok, Cracovia o Lodz -ni tampoco las cenizas de Auschwitz- pudieron terminar con todo el pueblo judío ni tampoco con el testimonio que lo ha acompañado como depositario de la memoria y garantía de supervivencia.

En el contexto de la sociedad virtualmente cerrada hacia el exterior como fue el *ghetto*, la palabra testimonial se convirtió en itinerario del recuerdo, resistencia al olvido y lucha contra el tiempo. Surgida desde los subsuelos de la historia, y alzada sobre el silencio final de los restos de todos y cada uno de los *ghettos* judíos en Polonia, dio rostro a quienes desaparecieron en la noche y dio voz a aquéllos para quienes era demasiado tarde. La palabra testimonial escrita en el *ghetto*, leída hoy, a la luz del pasado, nos permite dialogar con los olvidados. El Holocausto es, todavía, una herida que no cicatriza; pero allí están las palabras testimoniales para derrumbar al silencio y para transgredir a la muerte; palabras que son, también, un silencioso *kaddish*⁴⁸ por ellos.

Los testimonios del *ghetto* se insertan así entre la historia y la memoria. Ante la cancelación de la historia, cuya dimensión referencial es el futuro, el compromiso con la construcción de la memoria adquiere un renovado significado. Frente el imperativo histórico de recordar que ha caracterizado la trayectoria judía, *Zakhor*, la memoria y la historia parecen separarse en el tiempo, toda vez que la primera resultaría ser la expresión emotiva y participativa de la memoria colectiva que permeó y caracterizó a la vida judía hasta la llegada de la modernidad y la historia (historiografía) emergería como una empresa de crítica histórica, incorporando los elementos de cambio y agencia que definen al ejercicio histórico occidental en la modernidad.⁴⁹ De frente a esta dicotomía entre

⁴⁸ Oración fúnebre judía.

⁴⁹ Yosef Haim Yerushalmi, *Zakhor: Jewish History and Jewish Memory*, Filadelfia y Seattle, 1982.

memoria e historia, sin embargo, es factible incorporar un nuevo elemento, el de la conciencia histórica, como dimensión que conjuga y relaciona a ambos.⁵⁰ Junto a la posibilidad de una lectura de ambas dimensiones en clave de ruptura o continuidad, ciertamente la literatura del *ghetto* recupera el imperativo milenario de dar testimonio, mismo que se perfiló en el seno de la memoria judía, y accede, simultáneamente, a los requerimientos de la modernidad: generar los referentes a partir de los cuales se construirá la historia que habrá de nutrir, a su vez, las nuevas formas de apropiación del pasado. Es en este sentido que cabe destacar el progresivo reconocimiento de la literatura testimonial como fuente indiscutible de reconstrucción histórica, al tiempo que la memoria recupera y articula, construye y resignifica, el testimonio individual con el destino colectivo.

⁵⁰ Véase Amos Funkestein, "Collective Memory and Historical Consciousness", *History and Memory*, 1. N° 1, primavera-verano 1989, Universidad de Tel Aviv, Indiana University Press.